

## LA EDUCACIÓN EN VALORES

### INTRODUCCIÓN.

Como todos sabemos, en los últimos años se ha llegado a un acuerdo, prácticamente universal, sobre la Educación para la Convivencia. Saber relacionarse bien, saber resolver asertivamente los conflictos interpersonales, superar por un lado la pasividad cobarde o perezosa y, por el otro, la agresividad violenta (de palabra o incluso con agresiones físicas), ya es un objetivo bien definido en Educación y ya sabemos los caminos para llegar a ese objetivo. Claro que saber llegar no es lo mismo que haber llegado. Pero el camino ya está claro y no es complicado, aunque eso no significa que sea fácil y que no requiera mucho esfuerzo y mucha paciencia. Pero, repito, ya sabemos con claridad a dónde hay que llegar y cómo se llega.

Tanto los educadores, como los psicólogos y los sociólogos (incluidos los criminólogos) (Nota 1 al pie de página: FARRINGTON D. en GARRIDO y MONTORO, *La reeducación del delincuente juvenil*, Valencia, Tirant lo Blanch 1992), están de acuerdo en que ni solas las habilidades cognitivas de resolución de conflictos, ni sola la educación emocional, ni solo el entrenamiento en habilidades sociales, ni sola la educación en valores morales son suficientes. Son necesarios esos cuatro elementos, los cuatro: lo cognitivo, lo emocional, las habilidades sociales, los valores.

En el campo cognitivo, para resolver bien los conflictos, al menos hay que saber pensar alternativamente, hay que saber pensar consecuencialmente, hay que saber ponerse en el lugar del otro. (Nota 2: ver MORALEDA M.. *Educación la competencia social. Un programa para la tutoría con adolescentes*, Madrid, CCS 1998).

En el campo emocional, hay que aprender a reconocer las emociones en uno mismo y en los demás, hay que saber utilizar esas emociones para la acción, hay que ser capaz de controlar las emociones que tiendan a desbordarse y hay que saber motivarse uno mismo. (Nota 3: ver GOLEMAN D. *Inteligencia emocional*, Barcelona, Kairós 1996.- Ver también SEGURA M. y ARCAS M. *Educación las emociones y los sentimientos*, Madrid, Narcea 2005 (2ª). Ver igualmente MAYER J.D. *Inteligencia*

*emocional*, conferencia en el IV Congreso Internacional de Psicología Educativa, Universidad d Almería 2004)

En el campo moral, hay que aprender a respetar a los demás, hay que ir pasando, despacio pero con firmeza, desde la heteronomía moral (otros me dicen lo que puedo o debo hacer y lo que no debo), hasta llegar a la autonomía moral (soy yo mismo quien distingue entre el bien y el mal (Nota 4: KOHLBERG L. y otros *La educación moral según Kohlberg.*, Barcelona, Gedisa 1997).

En el campo de las habilidades sociales, hay que aprender a pedir un favor, a disculparse, a presentar una queja, a escuchar activamente, a negociar bien y otras habilidades de relación, pero siempre asertivamente, es decir con eficacia y justicia al mismo tiempo. La asertividad, así entendida, es el gran descubrimiento de los principales autores que se dedican al campo de las habilidades sociales (Nota 5: CABALLO V.E.: *Manual de técnicas de terapia y modificación de conducta*, Madrid, Siglo XXI 1991. Ver también FISHER, URY y PATTON *Obtenga el sí*, Barcelona, Gestión 2000 1996).

Pero de todo esto hablamos ya en el Congreso del año pasado. Lo que vamos a tratar ahora es del aspecto MORAL de esa educación para la convivencia, también llamada educación para la competencia social. Que el tener adquiridos y bien asimilados los valores morales básicos sea necesario para convivir, es un convencimiento unánime de los especialistas. Si no ayudamos a un sinvergüenza o a un delincuente a adquirir valores morales y nos limitamos a entrenarlo en habilidades cognitivas y sociales, el resultado será un delincuente hábil, un sinvergüenza hábil (Nota 6: ROSS, FABIANO, GARRIDO y GÓMEZ *El pensamiento prosocial*, Valencia, Cristóbal Serra Villalba 1996). El mismo Howard Gardner, centrado durante tantos años en el campo de la inteligencia, acaba de escribir dos libros para hacernos caer en la cuenta de la importancia decisiva de la moral en las relaciones humanas (Nota 7: GARDNER H. *Buen trabajo*, Barcelona, Paidós 2005, y *La buena opción*, Barcelona, Paidós 2005).

Esa educación en valores morales es esencial y no puede ser suplida por esfuerzos cognitivos ni por ensayos repetidos de habilidades sociales. Es esencial, repetimos, pero es un campo difícil en el que hay que andar con cuidado, como se anda en un campo minado. Por eso, muchos educadores y no pocos padres, no se atreven a meterse en ese berenjenal y ¡cuántas veces! se omite este aspecto básico de la educación para la convivencia.

Para facilitar el trabajo de los padres y de los educadores y profesores, nos atrevemos a dar aquí algunas orientaciones sencillas y prácticas, precisamente para avanzar con eficacia por ese campo delicado de los valores morales.

## **ÁMBITOS PARA LA EDUCACIÓN EN VALORES.**

Decía Nicolai Hartmann (Nota 8: *Ética*, 1950) que para que algo se convierta en objetivo, tiene antes que percibirse como valor. Cuando vemos que algo “vale” para nosotros (el dinero, la belleza, la justicia, la amistad, la compasión, la vida) se convierte en objetivo: lo buscamos, nos esforzamos por conseguirlo.

En ese descubrimiento de los valores, y en concreto de los valores morales, son decisivos los demás: los padres, los profesores, la televisión. Vamos a estudiar por separado esas influencias, aunque la eficacia disminuye y a veces desaparece, si no hay acuerdo entre los tres ámbitos que vamos a estudiar por separado.

**1.1. La familia.** Es el primer ámbito en el que deben irse descubriendo los valores. Es en ese primer ámbito donde el niño tiene que descubrir que no puede ser injusto con sus hermanos, que decir la verdad es bueno, aunque a veces cueste, y que decir mentiras es de cobardes y tramposos. En ese primer ámbito se aprende que hay que tener compasión con los más débiles o con quienes sufren; que no se debe maltratar a los animales; que hay que saber compartir con los hermanos lo que es nuestro. Y no sólo con los hermanos, también se aprende en familia a compartir lo nuestro con los amigos y con quienes lo necesitan más que nosotros.

Pero, actualmente, esa educación de los valores en la familia tiene graves dificultades, desconocidas en otros tiempos. En primer lugar, no pocas familias actuales se han convertido en familias monoparentales, donde generalmente es la madre quien tiene que hacer frente al sostenimiento de la casa. Es evidente que esa madre, alejada muchas horas del hogar por un trabajo ineludible, no tendrá ni tiempo ni fuerzas para encargarse en serio de la educación de los hijos. Como dicen de manera muy gráfica en Argentina, “ya no le da el cuero”, ya no da más, ya no puede más.

En segundo lugar, tanto si están los dos padres, como si es uno solo quien carga con la responsabilidad educativa, esos padres padecen hoy una inseguridad básica que a veces los paraliza: ¿es mejor educar para la solidaridad o para la competitividad? ¿Es mejor dejar que los hijos sean agresivos hasta la violencia, o enseñarles a respetar a

los demás? Si les enseñamos el respeto y la honradez ¿no los estaremos haciendo unos inútiles para esta sociedad tan competitiva, no los estaremos preparando para el fracaso? Ser bueno en esta sociedad ¿no es igual a ser tonto, ser un perdedor? Naturalmente, con esta inseguridad en los objetivos que nos proponemos al educar a los hijos, esa educación se hace fluctuante, imprecisa, ineficaz.

En tercer lugar, los padres que quieren educar a sus hijos en los valores morales, se encuentran con la competencia desleal de la televisión. Con muchos medios materiales y técnicos, con recursos casi inagotables, con música, con color, con excelentes actores, la televisión que padecemos actualmente enseña a niños y jóvenes que el triunfo es fácil y no requiere esfuerzo; les demuestra que la violencia es el medio más eficaz para resolver conflictos, mientras que el diálogo y el cumplimiento de la ley son lentos e ineficaces; les convence de que la felicidad no es ser, sino tener, es decir: viajar, comprar sin límites, beber. Les muestra la muerte como algo trágico y diario, algo que hay que alejar y tratar de olvidar por medio del placer. Les enseña que el amor consiste en sexo, sólo en sexo. Y eso un día y otro y otro.

En cuarto lugar, aun en el caso de que la madre no esté sola, sino que esté presente el padre, la figura y autoridad de éste se debilitan cada vez más. Los hijos hacen más caso a sus iguales, a sus amigos, que a su padre. Se ha creado una especie de “solidaridad de tribu”: si mis amigos hacen una cosa, la hago yo, aunque mi padre (que es un anticuado totalmente descolocado y desinformado) no la entienda y la desapruébe. Ese debilitamiento de la figura del padre dificulta mucho la educación moral y está relacionada positivamente, de forma muy intensa, con la delincuencia juvenil. (Nota 9: ver el libro ya clásico de BERNE E. *Games people play*, New York, Grove Press 1964. Ver también el magistral estudio de FARRINGTON D. *Implicaciones de la investigación sobre carreras delictivas para la prevención de la delincuencia*, en GARRIDO V. y MONTORO L. “La reeducación del delincuente juvenil”, Valencia, Tirant lo Blanch 1992).

**1.2. La sociedad** tiene una gran fuerza para transmitir valores, con todos sus medios de información y propaganda. Propone a sus héroes, artísticos y deportivos, como modelos para la juventud. Organiza el tiempo libre, unas veces con tendencias generosas y altruistas (pocas veces) y otras con tendencia de consumo egoísta (casi siempre). Programa su televisión con el objetivo fundamental de conseguir la mayor audiencia, para así obtener los mayores ingresos por propaganda comercial.

Esa televisión suele propagar, con insistencia, lo que podemos llamar “contravalores”: violencia, venganza, pornografía. Y propone como valores supremos, actualmente, el éxito fácil, el dinero, la belleza física, la libertad respecto a las normas tradicionales, que son consideradas como prejuicios.

Es evidente que, en la actualidad, el papel de la sociedad como trasmisora de valores morales está muy devaluado. No sólo es ineficaz, sino que en muchas ocasiones se convierte en contraproducente.

**1.3. La escuela.** Originalmente la escuela se concibió como complemento de la familia. En los conocimientos, la escuela se encargaba de impartir aquellos contenidos que la familia era incapaz de ofrecer. En la educación moral, la escuela se comprometía a continuar la línea iniciada en la familia, para afianzar los grandes valores de la laboriosidad, la amistad, la cooperación, el respeto mutuo, el entusiasmo por la cultura, la inquietud por darle un valor profundo a la vida.

Ahora la escuela, desde la Educación Infantil hasta el Bachillerato, sigue esforzándose por transmitir los grandes valores que la Humanidad ha ido descubriendo a lo largo de los siglos, pero un proyecto educativo global exige necesariamente una clara coherencia entre la escuela, la familia y la sociedad. Y ya hemos apuntado las dificultades actuales para que la familia y la sociedad colaboren con la escuela en esa educación. No sólo no hay una colaboración honrada y firme con la escuela, sino que muchas veces la familia, y sobre todo la sociedad, en vez de colaborar con la escuela, se enfrentan con ella y proponen los valores contrarios a aquellos que exigimos en los proyectos educativos de la escuela. Queremos que los profesores enseñen a los alumnos el valor del trabajo duro y constante y la televisión muestra una y otra vez que hay muchos, en las películas y en los programas llamados del corazón, que triunfan sin ningún esfuerzo. Exigimos a los profesores que entrenen a sus alumnos en resolver los conflictos por el diálogo, por la mediación, y siempre en paz, y la televisión asegura rotundamente que el método más eficaz para resolver problemas es la violencia mientras que en muchos hogares, que deberían ser un remanso de paz y de cariño familiar, los niños y los jóvenes están respirando cada día un aire cargado de agresividad e incluso de violencia.

Pero siguiendo con la importancia de la escuela para la formación moral, está claro que, dentro de ese ámbito escolar, el profesor, quiéralo o no, representa siempre para los alumnos un modelo de vida. Ese modelo será bueno o malo, coincidirá

o no con el modelo que el niño ha tenido en su casa, pero siempre es un modelo, un modo concreto de entender la vida, de pensar, de sentir, de actuar. El profesor es mucho más transparente para sus alumnos de lo que él mismo piensa: su afición a los coches o al deporte; la importancia que le da al dinero; su generosidad para escuchar o su habilidad egoísta para no escuchar nunca los problemas de sus alumnos; su visión de la política nacional e internacional; su acogida o rechazo a los inmigrantes; su disposición para ayudar a todos o su facilidad para considerarse una víctima del sistema, que trabaja más de lo obligatorio, por un sueldo muy modesto; el respeto y afecto hacia sus compañeros profesores o la crítica irónica, y a veces despiadada, que hace de ellos. Todo eso y mucho más es diáfano para los alumnos, aunque a veces no sepan expresar en palabras lo que ven en su profesor o profesora. Pero lo ven, no se les escapa nada.

Cuando ese modelo de vida que presenta el profesor no convence a sus alumnos, éstos se buscarán otros modelos, entre los deportistas o los cantantes, modelos muchas veces deleznable, pero muy atractivos por el dinero que ganan, que se considera termómetro de su triunfo. Si el modelo que presenta el profesor sí convence a sus alumnos, entonces se puede iniciar una formación sólida en valores morales. Lo que hará falta, para complementar ese modelo diario, constante, es el diálogo. El profesor, todos los profesores puestos de acuerdo entre ellos, tendrán que dialogar a fondo con los alumnos sobre la paz, la justicia, la sinceridad, la familia, la vida. Es decir, sobre los grandes valores morales.

## **2. DE QUÉ VALORES HABLAMOS**

Ya hemos mencionado varios de los más importantes valores morales. Pero como intentamos ser lo más concretos y prácticos que sea posible, vamos a enumerar una breve lista de aquellos valores morales que la Humanidad ha ido reconociendo a lo largo de los siglos. Esos valores son los que deben constituir la médula de toda educación moral. Esos son los que tendremos en mente cuando hablemos de los métodos prácticos para educar en valores. Los más apreciados en todas las culturas son:

La *libertad*, contra toda esclavitud y contra toda manipulación física o psicológica. Dentro de la psicológica hay que incluir la libertad ante el consumismo, ante ese acoso constante de la propaganda comercial y ante el afán que tenemos por no ser menos que el vecino. Para no dejarse arrollar por esa avalancha de necesidades falsas, hoy día se requiere una gran personalidad, una gran libertad. Séneca decía que

“las cosas más valiosas de la vida son aquellas que no se pagan: el aire, el agua (¡entonces no se pagaba!), la vida, el amor” Precisamente eso es lo más valioso, lo que no se puede comprar por dinero. Pero seguimos engañados, hipnotizados, por todo lo que se puede comprar con el dinero. Ser libres ante las presiones concretas y ante esas grandes presiones difusas, requiere una gran personalidad, como decimos, una gran libertad. Y puesto que la libertad y la personalidad nos acarrearán soledad, como nos enseñó Erich Fromm, por miedo a la soledad llegamos a tener miedo a la libertad. Preferimos consumir, integrarnos al rebaño, no ser libres.

Otro valor apreciado sin excepción en todas las culturas, es la *amistad*. La amistad es seguramente la forma más noble del amor. Es comunicación y encuentro. Es un factor indispensable para la vida, para vivir: sin amigos, morimos. En el mismo amor de pareja es necesaria la amistad. Sin amistad, con la sola atracción sexual, el amor de pareja queda muy incompleto y muy inestable.

El tercer valor al que nos referimos es la *solidaridad*, que viene de “soldar”, unirse, pero tiene también una connotación de fuerza, de solidez. Es unirnos a otros, que son débiles, para darles fuerza. Es querer colaborar con ellos, ayudarles cuando son atacados o despreciados. La solidaridad se despierta cuando sentimos que la dignidad o los derechos de otros están amenazados.

La *responsabilidad* tiene en su raíz el sentido de responder cuando uno es llamado. Viene de haber aceptado un compromiso y lleva a cumplir ese compromiso lo mejor posible. No puede haber libertad sin responsabilidad, ni deben darse libertades a quienes no responden, a quienes no sean responsables.

La *paz* entre familiares, entre grupos sociales, entre naciones ha estado siempre entre los valores más apreciados por la Humanidad y entre los más frecuentemente quebrantados. No es sólo ausencia de conflicto, armado o no, sino verdadero respeto mutuo, verdadera aceptación del otro, por muy diferente a mí que sea. No hay paz si no existe la capacidad de convivir y cooperar con quienes piensan de otro modo. Y hay que confesar que esta convivencia no es fácil.

Por último, la *justicia* es un valor tan evidente, tan enraizado en la sensibilidad humana desde que somos niños, que no hay cultura, ni religión, ni pueblo, ni individuo que la niegue como valor. Se la reconoce como tal vez el valor supremo, el que no puede faltar nunca, el que no puede ser suplido por otro, aunque ese otro sea la amistad o la compasión. Nadie se atreve a negar la justicia como valor fundamental, pero son muchos los que la ignoran y muchas veces. Consiste en dar a cada uno lo que le pertenece, en bienes materiales, en fama, en reconocimiento. Existen en todas las naciones y en todas las civilizaciones organismos para impartir justicia, pero con bastante frecuencia esos mismos organismos son injustos. Es tan básica, que sin justicia ninguno de los otros valores morales tiene sentido.

### **3. MÉTODOS PARA ENSEÑAR VALORES**

Hay muchos y muy variados. Enumeramos aquí algunos de los más eficaces y de lo que más recomendamos en la práctica.

3.1. El primer método, y fundamental, es el *ejemplo de vida* de personas que sean importantes para el niño, el adolescente o el joven. En primer lugar, el ejemplo de sus padres, luego de sus profesores y, por fin, de personas que ellos admiren. Que vean que esas personas cercanas y admiradas se esfuerzan por ser justos, por decir siempre la verdad, por ser fieles a sus amigos, por ser responsables ante sus compromisos.

3.2. Dentro también de la vida diaria, es impactante y formativo para las personas jóvenes *el diálogo con sus iguales sobre temas morales*. Que hablen entre ellos de lo que piensan sobre la guerra, sobre la violencia, sobre las trampas de quienes se hacen ricos rápidamente, sobre los hombres y mujeres que ayudan a otros, a costa muchas veces de grandes sacrificios y con una gran generosidad. Que dialoguen sobre los problemas morales que plantean algunas de las películas que ven en la televisión.

3.3. A medias entre experiencias directas con personas de otras religiones y la lectura o estudio de esas grandes religiones, está la *reflexión sobre las ideas* que las grandes religiones proponen. Hay que conocerlas, con un sano sentido crítico, para reconocer sus aportaciones a la paz, la convivencia, la serenidad, la esperanza, y saber también discernir las limitaciones que tienen y lo que han contribuido, cuando se han fanatizado, a las guerras y enfrentamientos entre los hombres. Esa misma reflexión debe

hacerse sobre las ideas que los hombres y mujeres más inteligentes (filósofos, poetas, dramaturgos) han ido ofreciendo a la Humanidad a lo largo de los siglos.

Esos tres primeros métodos, el ejemplo, el diálogo y la reflexión, entran dentro del concepto de Vida, de una vida que busca sentido.

3.4. Un método más técnico y más elaborado es el propuesto por Lawrence Kohlberg: *la discusión de dilemas morales*. Es bien conocido, pero recuerdo aquí sus pasos principales. Primero, se presenta a todo el grupo una situación donde se plantea un dilema moral: si doy o no doy alcohol y tabaco a un familiar querido que me lo pide, cuando el médico lo ha prohibido tajantemente; si me divierto temporalmente con una chica receptiva, mientras su novio está ausente; si arriesgo o no arriesgo mi vida por salvar la de otro; si firmo o no firmo un documento que perjudica injustamente a otro pero me enriquece a mí; si acepto o rechazo una comisión para entregar una obra a una compañía menos competente y menos responsable que otras que licitan por la misma obra; si informo a una amiga de que su novio es un ludópata, cosa que él quiere ocultarle; si miento sobre mi falta de fe para obtener un puesto de profesor en un colegio religioso; si vendo, sin avisar al cliente, una medicina que está bajo sospecha de tener efectos secundarios graves, etc. A los niños pequeños también se les pueden presentar dilemas morales, pero de menor gravedad, de menor profundidad, por ejemplo: si invito a mi cumpleaños a un niño que me invitó al suyo, pero con quien ahora estoy un poco enfadado; si dejo jugar con mi pelota a quien no me dejó jugar con la suya, pero ahora está arrepentido, etc.

Presentado el dilema a todos, se pide que indiquen a mano alzada quiénes harían y quienes no harían eso que se propone. Se forman grupos homogéneos (por un lado quienes dicen “sí” y por otro lado quienes dicen “no”) y se les pide que, en pocos minutos, concreten las razones que les mueven a hacerlo. El secretario de cada grupo lee esas razones y a continuación se abre un diálogo general. Todo el proceso, si se hace bien, es divertido y es sumamente enriquecedor para los niños y jóvenes, que aprenden a reflexionar sobre los valores morales y a jerarquizarlos. Y todo ello por reflexión propia y de sus iguales, sin imposición ninguna por parte de los mayores.

3.5. *La dramatización del final de una película o de una novela* es también un método, muy lúdico y participativo, para el descubrimiento y la asimilación de valores morales. Todo el grupo, de clase o de amigos, se comprometen a leer una

determinada novela, o a ver juntos una película. La novela o película deben plantear algún problema moral; pero no es difícil seleccionarlas, porque la mayoría contienen problemas de esa clase, muy útiles para la discusión. Léida la novela o vista por todos la película, un grupo de tres o cuatro personas prepara la dramatización del final de la película o novela, tal como lo cuenta el autor o director. Otro grupo igual ensaya un final distinto, inventado por ellos. Cuando toda la clase o todo el grupo han visto los dos finales (las representaciones deben ser breves), se discute entre todos: 1) cuál de los dos finales es superior moralmente, 2) si se les ocurren otras soluciones posibles al problema que había planteado la novela o película, 3) qué sentimientos tuvieron durante las dos representaciones., Es un método muy creativo, cercano a ellos, lleno de vida.

3.6. *La clarificación de valores* es un ejercicio eficacísimo, del que ha hablado magistralmente Antonia Pascual (Nota 10: PASCUAL A. *Clarificación de valores y desarrollo humano*, Madrid, Narcea 1995). Se pide a los alumnos que reflexionen durante unos minutos sobre cuáles son sus valores operativos, cuáles son los valores que les motivan en realidad para vivir. Se les pide que tomen nota, todo en silencio. Esos valores pueden ser la belleza física, el dinero, el éxito, la popularidad, el pasarlo bien, la amistad y tal vez la justicia y la solidaridad. Luego los discuten ellos en pequeños grupos y por fin se pone todo en común en gran grupo. El objetivo es que se hagan conscientes de cuál es el verdadero combustible que los mueve a ellos cada día.

Pero no podemos quedarnos ahí, pues sería caer en un relativismo rudo y descarado. Relativismo que los jóvenes aceptan con tranquilidad con frases como “ésta es tu verdad, pero la mía es diferente”, “mis padres podrán decir lo que quieran, pero mira cómo les va en la vida”, “cada uno tiene que pensar y que hacer lo que mejor le parezca”. Es la actitud de todo vale o todo es igual. No, no podemos quedarnos ahí. Hay que dar un paso importantísimo: confrontar esos valores suyos con la experiencia humana de siglos, es decir, con esos valores que enumeramos antes, en el apartado “De qué valores hablamos”. No se trata de imponerles unas creencias religiosas, ni de presionarles para que acepten unas pautas culturales determinadas. Se trata de ofrecerles el resultado de la reflexión moral de muchos hombres y mujeres, a lo largo de los siglos, para que se enriquezcan con esos resultados y no tengan que empezar de cero, a partir de una “edad de piedra” moral, caracterizada por la violencia o el egoísmo.

Por último, dentro de este ejercicio de clarificación de valores, hay que dialogar serenamente con ellos, sobre su jerarquía de valores, sobre la jerarquía de

valores de cada uno. No todos los valores “valen” igual; no pueden valer igual. Todos tenemos nuestros valores jerarquizados, consciente o inconscientemente, de modo que cuando hay que elegir, porque se presenta un conflicto entre esos valores, sabemos bien lo que solemos elegir. A partir de ahí, hay que discutir con ellos si sus jerarquías son justas, si le están dando importancia a lo que verdaderamente lo tiene, o si están cayendo en la frivolidad y en la moda injustificada.

Todo este esfuerzo de clarificación de valores requiere tiempo, paciencia, verdadero respeto hacia ellos, mucha capacidad de diálogo, no querer imponerse, sino sugerir, saber apreciar lo bueno que hay en todas las actitudes, tener firmeza para no caer nosotros mismos en el “todo vale, todo es igual”

3.7. La técnica de las *frases inacabadas* es sencilla y muy provechosa. Se reparte a cada miembro del grupo o de clase una hoja, fotocopiada (la misma para todos), con frases inacabadas, con las que se apuntan varias situaciones en las que hay que tomar una decisión personal que tiene repercusiones morales. Se les da un tiempo prudencial para completar esas frases con sinceridad, y en forma totalmente anónima. Luego se recogen todas las hojas y ese mismo día, si hay tiempo, o en otro día, se van leyendo las respuestas a cada pregunta y luego se comentan entre todos esas respuestas, desde el punto de vista de su altura moral.

Algunos ejemplos de frases inacabadas, con contenido moral, pueden ser: “me encuentro en un taxi un sobre con bastante dinero y yo...”; “veo a alguien que se ha salido de la carretera y está herido y yo...”; “veo a un compañero mío robando disimuladamente y yo...”; “estoy vendiendo fruta y viene a comprar una señora que ve mal, a quien puedo meterle dos o tres frutas en mal estado sin que se dé cuenta y yo...”; “doy un billete de 50 euros al comprar y me devuelven 10 euros de más y yo...”; “voy hacia una floristería a comprar unas flores para mi madre, pero, al pasar por la calle, veo unos capullos de rosa precioso en un jardín público y yo...”; “yo había prometido guardar un secreto familiar íntimo que me contó una amiga, pero el chico o chica con quien salgo me vio hablar con ella y me insiste en que le cuente en secreto lo que me dijo, entonces yo...”; “estoy en una discoteca con una amiga y ella me pide dinero prestado para comprar droga, yo tengo ese dinero y entonces...”; “una amiga soltera está embarazada y teme mucho la reacción de sus padres, me pregunta si conozco algún médico que le pueda provocar un aborto y yo...”, etc.

3.8. Por último, una técnica que al mismo tiempo que sirve para la educación en valores, es también muy útil para desarrollar el sentido crítico consiste en la *discusión de noticias* del periódico, de la televisión o de la radio. Se lee en clase o ante el grupo una noticia que tenga connotaciones morales y se opina sobre ella reposadamente. En primer lugar se discute la moralidad del contenido, ya se trate de una noticia de guerra, o de un crimen, o de una fiesta fastuosa, o de un enfrentamiento político. Se proponen entre todos otras alternativas, que hubieran sido más humanas y más justas para solucionar el conflicto de que se trate. Y finalmente se debate la forma misma de dar la noticia: cada periódico o cada emisora la da de forma distinta y muchos de ellos la dan de forma sesgada, aprobando o condenando la acción de que se trata, según convenga o no a sus intereses políticos, deportivos, nacionales o comerciales.

Creo que he cumplido lo que prometí al principio: dar algunas ideas sencillas y prácticas, que nos puedan ayudar a todos a educar en los valores morales a niños, adolescentes y jóvenes. Es un campo difícil, pero no hay que tener miedo, sino serenidad y mucha esperanza.

## BIBLIOGRAFIA BÁSICA SOBRE VALORES

(Con indicaciones para facilitar la lectura, según los intereses)

- ALEMANY Carlos (Ed.), *14 aprendizajes vitales*. Desclee, Bilbao 1998  
Libro delicioso, escrito por 14 autores, sobre el fracaso, el humor, las despedidas, el perdón, convivir en pareja. Con ilustraciones inspiradoras.
- BRIDGER F., *Una vida mágica: la espiritualidad del mundo de Harry Potter*. Sal Terrae, Santander 2002.
- BUXARRAIS M.F. *La formación del profesorado en educación en valores*. Desclee, Bilbao 1997. Para profesores, claro y didáctico de una especialista en Valores.
- CARRERAS L. y col., *Cómo educar en valores* Narcea, Madrid 2001.  
Libro de gran éxito (11 ediciones). Elige 12 valores para trabajarlos en Primaria y ESO. Muchos ejercicios y excelentes cuentos para dialogar.
- HERSH R. y col., *El crecimiento moral: de Piaget a Kohlberg*. Narcea, Madrid 1998.  
Es el libro fundamental en español, para estudiar los estadios morales de Kohlberg.
- KOHLBERG L. y col., *La educación moral según Kohlberg*. Gedisa, Barcelona 1997.  
Kohlberg es el maestro indiscutible del crecimiento moral en el siglo XX.
- MARINA J.A., *El vuelo de la inteligencia*. Plaza y Janés de bolsillo, Barcelona 2000.  
Libro breve y profundo sobre la relación entre inteligencia, afecto y sentido moral.
- MORALEDA M., *Educación en la competencia social*. CCS, Madrid 1998.  
Para educadores. Mucho material, claro y útil, para la tutoría con adolescentes. Trata la autoestima, solución de conflictos y reafirmación moral y valores. Excelente.
- ORTEGA R., *Educación para convivir y prevenir la violencia*. Machado libros, Madrid 2000.- Rosario O, es la especialista andaluza en violencia escolar. Propone soluciones para problemas concretos como el matonismo y la violencia.
- PASCUAL A., *Clarificación de valores y desarrollo humano*. Narcea, Madrid 1995.  
Libro sensato sobre cómo ayudar a jóvenes a clarificar sus valores, sin caer en el relativismo moral. Muy útil.
- SAVATER Fernando, *Ética para Amador* y *El valor de educar*. Ariel, Barcelona 1993 y 1997.  
Dos libros profundos, amenos, utilísimos para padres y educadores, escritos por el gran catedrático de Ética. Ningún padre debería dejar de leer el segundo.
- SEGURA M., *Ser persona y relacionarse*. Narcea, Madrid 2002.  
Materiales prácticos para enseñar a alumnos de Secundaria (y a los adultos) Habilidades cognitivas, valores morales y habilidades sociales.
- SELIGMAN M., *Aprende Optimismo*. Grijalbo, Barcelona 1998.  
El especialista en Indefensión Aprendida y fundador de la Psicología Positiva, Escribe sobre una nueva visión del Optimismo, que debe ser enseñado.
- VILLAPALOS G. y col. *El libro de los Valores*. Planeta, Barcelona 1996.  
El autor, antiguo Rector de la Complutense y Consejero de Educación de Madrid, Elige 12 valores y, para aprenderlos, ofrece una muy amena colección de cuentos y textos.